TEMAS RECIENTES DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGIA

POR PABLO MARTINEZ DEL RIO

La buena acogida que merecieron algunas notas que en esta revista publicamos el año pasado explicará la aparición de una nueva serie que también en esta ocasión, y siempre con un carácter únicamente informativo y desprovisto de tecnicismos, versará principalmente sobre algunos de los progresos realizados por las ciencias prehistóricas en el curso de los últimos meses. Son, por lo tanto, una continuación de las anteriores, aunque tampoco ahora habremos de imponernos una estricta limitación en cuanto a la fecha de los diversos hallazgos a que tendremos que referirnos. Sirva también de justificación para uno que descaradamente entra una vez más a robar dentro del cercado ajeno que la división entre la historia y la prehistoria no es cosa que se pueda establecer en forma tan neta como se venía haciendo en fechas aun recientes. Para el que esto escribe, por lo menos, la historia pierde lo indecible en su sentido más íntimo si los que a ella se dedican no tienen presente, a cada paso, la necesidad de remontarse hasta donde resulte posible en busca de antecedentes, entre los cuales ciertamente no pueden descartarse muchos por el solo hecho que no quepan todos ellos dentro de la clasificación convencional.

Es consolador que, a pesar de la crisis económica que aflige al mundo, tanto haya sido lo que se ha adelantado últimamente en todos los diversos campos de investigación. En nuestro propio país, aunque algunos de los más sensacionales descubrimientos del doctor Caso en Monte Albán se realizaron propiamente a fines del año antepasado, no fué sino hasta los primeros meses del que acaba de terminar que fué posible conocerlos en forma más detallada, cosa muy natural si se toma en cuenta la labor ímproba de gabinete que exige una serie tan importante de hallazgos como lo ha sido aquella. La reanudación de los trabajos hace aún poco tiempo, o sea al llegar la estación propicia para operaciones de esta índole, nos hace esperar frutos no menos notables. Por su parte, la Secretaría de Educación Pública, fuera de una serie de operaciones arqueológicas en diversos lugares como Cholula y Chichen Itza, tiene ya lista para imprimirse la magna obra sobre la Pirámide de Tenayuca, obra en que han colaborado algunos de nuestros expertos más distinguidos y que debe, por lo tanto, esperarse con el mayor interés.

Como ahora veremos, también en el extranjero el trabajo de investigación se ha proseguido en forma que, si se toman en cuenta las circunstancias del momento, ciertamente no deja nada que desear.

NOTAS DE PALEONTOLOGIA HUMANA

Durante el año que acaba de terminar se han hecho diversas comunicaciones de importancia para aquellos

que se interesan por la paleontología humana. Dichas comunicaciones se refieren a una serie de hallazgos de restos humanos o subhumanos que se han venido verificando en regiones tan apartadas como Palestina, la isla de Java y el Africa meridional. Cada una de aquellas dos zonas ha producido fósiles que acreditan tipos de que hasta hoy no se tenía conocimiento: desgraciadamente los restos se hallaron formando parte de un conglomerado del cual aún no han podido ser desprendidos totalmente.

En el sur del Africa el doctor Dreyer (1) avisa haber encontrado el cráneo de un individuo que hubo de pertenecer bien a la raza neanderthalense, bien a la rhodesiense. Como no se halló el cráneo completo resulta imposible pronunciarse en un sentido u otro, aunque aparentemente hay esperanzas de encontrar la parte que falta. Si el cráneo fue de un individuo neanderthalense, demuestra que dicha raza llegó a extenderse mucho más al sur de lo que se había creído: en cambio, si resulta de raza rhodesiense, el interés del descubrimiento será aún mayor por haberse descubierto junto con el fósil un material industrial y faunístico muy completo. El hallazgo se efectuó en un punto denominado Florisbad, a unos 40 kilómetros de la ciudad de Bloemfontein.

Por lo que toca a la parte oriental del mismo continente, el doctor Leakey (2) igualmente anuncia significativos descubrimientos, de entre los cuales algunos resultan de interés por la luz que arrojan sobre los que previamente había llevado a cabo en Oldoway. En este último punto pudo seguirse el desarrollo de una industria lítica que comienza con el prechelense y llega hasta el acheulense. En el mismo horizonte geológico que rindió los implementos del chelense se hallaron los restos más antiguos de que se tenga noticia hasta la fecha del "homo sapiens", el hombre moderno.

1 Cf. el *Weekly Times*, agosto 4 de 1932.
2 Ibid. julio 28 de 1932.

Como hemos anotado Palestina ha producido, a su vez, restos paleontológicos de gran trascendencia (1) ya que corresponden, según algunos antropólogos distinguidos, a un género hasta ahora desconocido de hombres u homininos. Se ha dado a este nuevo tipo la designación de "paleanthropus palestinus", no por cierto sin una vigorosa protesta por parte del doctor Elliot Smith que alega, con toda razón, que habiendose ya aplicado el nombre de "paleanthropus" al hominino de Mauer, la repetición del vocablo puede dar lugar a confusiones. Los hallazgos se deben a un arqueólogo americano, el doctor Mac Cown, que trabaja por cuenta de una expedición dirigida por la señorita Garrod y costeada por la Escuela Británica de Arqueología de Jerusalén y la Escuela Americana de Investigaciones Prehistóricas. Se encontraron en la pequeña gruta de "es Sukhul" (Cueva de los Cabritos), sobre las faldas del Monte Carmelo, y corresponden a varios individuos que nos han dejado no sólo sus esqueletos, sino también un rico utillaje de caracter musteriense.

De acuerdo con esta última circunstancia, "paleanthropus palestinus" tenía algunas semejanzas con los individuos de la raza de Neanderthal, con los cuales aparece invariablemente vinculada la cultura musteriense en el occidente de Europa: como es sabido, dicha raza desapareció al fin del paleolítico inferior, hará unos 20,000 años. "Paleanthropus palestinus" y "homo neanderthalensis" tuvieron en común un notable desarrollo de las crestas supraorbitales así como una curvatura del fémur que les impedía avanzar en la misma forma que el hombre moderno. En cambio, y visto desde atrás, el cráneo de "paleanthropus palestinus" no es, como el de los neanderthaloides, ovalado, sino se presenta muy ancho en la base, estrechándose las paredes, que son casi rectas, hacia arriba. Además, el hom-

1 Ibidem, mayo 12 y junio 16 de 1932: también cf. *The Illustrated London News*, julio 9 de 1932.

bre u hominino de Palestina tenía mentón, en contra de lo que ocurría en el caso de la otra raza, y en adición los restos acusan un prognatismo aun más marcado. Uno de los resultados de este descubrimiento es que el famoso "cráneo de Galilea", encontrado no muy lejos del lugar donde se han llevado a cabo los últimos descubrimientos, ya no puede seguirse considerando neanderthaloide, como se venía haciendo hasta que se llegó a disponer de esta documentación más amplia sobre los primitivos pobladores de aquellas regiones.

Otro tipo de hombre u hominino fue encontrado recientemente (1) en la isla de Java. Se hallaron dichos restos a unos cuantos kilómetros del sitio donde, hace ya unos cuarenta años, Dubois descubrió los restos del "pithecanthropus". Se ha dado a este género nuevo el nombre de "javanthropus soloensis", por el nombre del río que atraviesa los depósitos, y el conocido geólogo holandés Oppenoorth cree que representa una etapa en la evolución del hombre que corresponde a la que en el curso de dicho proceso se alcanzó en Europa con la raza del Neanderthal.

El largo del cráneo primeramente estudiado es de 195.5 milímetros, y el ancho máximo como de 141: por lo tanto, el índice yace entre 72 y 73. No se ha determinado aún la capacidad de dicho cráneo, que por cierto fué evidentemente de un individuo que murió, quizá durante una inundación, a edad muy avanzada; pero otro cráneo hallado allí mismo, aunque un tanto más grande, resultó con una capacidad, medida con arena fina, de 1,300 centímetros cúbicos. El hallazgo se hizo en depósitos del pleistoceno, algo más recientes según Oppenoorth que aquellos en que se descubrió al "sinanthropus", u "hombre de Pekín" (2) pero muy posteriores a los correspondientes al "pithecanthropus", probablemente antecesor directo, según la misma autoridad, de este nuevo tipo.

En una serie de interesantes observaciones Sir Arthur Keith, que también comparte esta última opinión, hace notar que la diferencia entre "pithecanthropus" y "javanthropus soloensis" es de la misma clase y grado que la que existe entre este último y algunos de los aborígenes australianos más primitivos. En ese caso, dice, habría que considerar a "javanthropus" como un eslabón intermedio entre el tipo más antiguo que hasta ahora se conoce, o sea "pithecanthropus", y una raza que todavía subsiste, como lo es la australiana. El mismo Keith, que no encuentra relación notable alguna entre "javanthropus soloensis" y "sinanthropus" también cree que se nos ofrece una prueba más de que cada una de las razas modernas lleva tras de sí una larga cauda de evolución independiente.

Tales son las primeras impresiones a que ha dado lugar toda esta importante serie de descubrimientos: esperemos que pronto se pueda disponer de datos más completos.

1 Ibidem, junio 4 de 1932.

2 Cf. *Universidad de México*, enero de 1932, pp. 282 et seq.

UN LIBRO RECIENTE DE OBERMAIER

La aparición de un libro (1) de carácter casi francamente popular del conocido catedrático, en la Universidad de Madrid, de la historia primitiva del hombre, doctor Hugo Obermaier, es un acontecimiento que no puede pasar desapercibido, desde el momento que viene a llenar un verdadero vacío en las letras hispanas. Es verdad que anteriormente, y gracias al empuje de una empresa editorial de Barcelona, disponíase ya de una traducción, en dos simpáticos tomitos, de la obra de Hoernes (2), pero esta, debemoslo confesar, a pesar de sus múltiples excelencias y sin dejar de constituir un buen manual elemental de estudio, ha venido resultando

1 *El Hombre Prehistórico y los Orígenes de la Humanidad*, Madrid, 1932.

2 *Prehistoria*, Barcelona, 1928.

de lectura demasiado pesada para aquellos que, desprovistos de preparación técnica y sin intenciones de dedicarse a este género de trabajos, buscaban algún libro que les permitiese, sin demasiado esfuerzo mental, formarse una idea de los detalles más salientes en el amplio panorama de la prehistoria. Para estos el problema ha quedado resuelto.

En los tiempos actuales hemos tenido la suerte de contar con una brillante falange de hombres de ciencia distinguidos que, aparte de sus éxitos en las cuestiones más abstrusas en el terreno de la investigación, se han mostrado, a la vez, intérpretes amenísimos, para los lectores de cultura media, de sus propios descubrimientos. Mediante esta obra el doctor Obermaier ha comprobado plenamente que pertenece a esa categoría. Su libro no es, ciertamente, un libro de vulgarización, en el sentido usual de la palabra, pero al mismo tiempo es un libro que puede, y debe ser leído por el vulgo.

Por lo que toca a la primera parte de la obra, que se dedica al paleolítico, el autor ha seguido, muy de cerca, el plan que había ya desarrollado anteriormente en su "Hombre Fósil" (1), del cual viene a constituir una especie de sinopsis, sin que por ello sacrifique lo que resulta esencial o deje de ampliar, en forma interesante y amena, algunos de los temas fundamentales, poniendo todo de acuerdo con los descubrimientos llevados a cabo durante el plazo transcurrido entre la publicación de los dos libros. Así, encontramos unas observaciones de la más alta importancia sobre el "sinanthropus", recordándonos al doctor Obermaier a ese propósito la extensa serie de discusiones a que han dado lugar dichos hallazgos. En la segunda parte el autor se ocupa del neolítico y de las edades prehistóricas de los metales.

EL ARTE DE LA EDAD DE LA PIEDRA EN PALESTINA

Otro descubrimiento llevado a cabo recientemente en Palestina resulta de verdadero interés no sólo para los prehistoriadores, sino para todos aquellos que se dedican al estudio de desarrollo del arte. Trátase en este caso de una procesión de animales, desaparecidos en su mayor parte de esa región desde hace miles de años, pero que hoy, gracias a algún artista ignoto de la edad de la piedra, vuelven a surgir ante nuestros ojos con todo el realismo propio del arte rupestre del paleolítico. Débese el hallazgo a un distinguido prehistoriador francés, el señor René Neuville, del Instituto de Paleontología humana de París (1), y es además de notarse que de las numerosas producciones del magdaleniense en Europa (al cual, según su descubridor, corresponden estas figuras) ninguna presenta algunos de los caracteres de ésta, que es la primera que se halla en Palestina, donde hasta ahora no se había encontrado nada semejante.

Por lo que toca a los procedimientos empleados, debe señalarse que aunque el artista naturalmente no poseía útiles de metal de ninguna especie, supo en cambio aprovechar de una manera muy notable las irregularidades de la pared de la gruta donde se ha hecho el descubrimiento, complementándolos por medio de la herramienta lítica de que disponía hasta producir una serie de figuras que resultan a veces en hueco, a veces en relieve. Empleó también un pigmento negro, demostrando una fertilidad de recursos verdaderamente extraordinaria para resolver el problema que se había propuesto. Trátase, como hemos indicado, de una especie de procesión de animales que se nos presentan marchando hacia la izquierda encabezados por un elefante. Este, con el pelo erizado y la trompa extendida, parece prepararse a hacer frente a un ataque. Los otros animales son, en riguroso orden, los siguientes: un hipopótamo, que revela el caracter torpe e indolente de todos los de su especie; otro elefante; un cérvido, naturalmente más pequeño que

1 Madrid, 1925,

1 Cf. *The Illustrated London News*, noviembre 5 de 1932, que es de donde hemos tomado todos estos datos.

los anteriores; un jabalí; un rinoceronte, ejemplar verdaderamente notable; un animal que no ha podido ser identificado, y por último, otro cérvido.

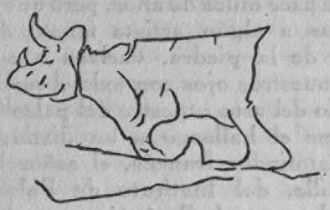


Fig. 1.—Rinoceronte rupestre de Umm Qatafa

Si no nos equivocamos la procesión de animales de Umm Qatafa, que es el nombre de la gruta donde ha sido encontrada, habrá de figurar desde hoy en adelante en todas las historias del arte primitivo. Debe también tenerse presente que, como advierte el señor Neuville, durante esa época (Natufio inferior, de acuerdo con la terminología empleada para Palestina) y a juzgar por los útiles hallados, ya practicaban la agricultura los habitantes de esa región. El mismo señor Neuville cree que el artista, o artistas, de Umm Qatafa trabajaron hace unos 14,000 años.

RELACIONES COMERCIALES ENTRE MESOPOTAMIA Y EL VALLE DEL INDO

Las relaciones que en tiempos muy remotos existieron entre el valle del Indo y Mesopotamia eran ya conocidas desde hace varios años. Recientemente la publicación de los resultados obtenidos en Mohenjo-daro por el Servicio Arqueológico de la India y diversos descubrimientos llevados a cabo en las inmediaciones del Tigris y del Eufrates han venido a arrojar nueva luz sobre tan importante asunto. Uno de estos últimos hallazgos, sobre todo,—un sello cilíndrico encontrado en Tell-el-Asmar por una expedición del instituto Oriental de Chicago encabezada por el doctor Frankfort—reviste un interés extraordinario desde el momento que nos permite establecer, con bastante exactitud, una importante correlación cronológica entre ambas civilizaciones: la índica y la mesopotámica. (1).

Las excavaciones practicadas en Tell-el-Asmar forman parte de todo un sistema de exploraciones arqueológicas que está llevando a cabo, por medio de doce expediciones distintas, la institución a que ya nos referimos, institución que se halla dirigida por el conocido egiptólogo, doctor James Breasted. Tell-el-Asmar yace entre el Tigris y las alturas del Irán, y ya se ha podido determinar con certeza el plano de un palacio anexo a un templo de murallas muy gruesas: como siempre ocurre en las estaciones arqueológicas de todo el Cercano Oriente, el "tell" o montículo se halla constituído por las ruinas acumuladas de un número muy considerable de edificios superpuestos. Aparte del sello a que hemos hecho referencia deben mencionarse entre los objetos exhumados unas 1,400 tablillas y algunas interesantes alhajas. Se ha podido reconstruir la historia de la ciudad a través de varios siglos de su existencia; una existencia, por cierto, no desprovista de vicisitudes.

Como es sabido, son los sellos unos de los objetos más característicos de ese gran "continuum" cultural que se extendió al poniente desde la isla de Creta, hasta el valle del Indo al oriente, abarcando Siria, Mesopotamia, y Elam, que se hallan escalonados entre esos dos extremos. Los sellos se empleaban no sólo como talismanes que habían de proteger al poseedor contra todo género de maleficios, sino igualmente como símbolos de alta investidura en el mundo oficial, aunque también los usaban simples particulares. Inútil recordar,

1 El doctor Frankfort dió cuenta de sus hallazgos al *Times*, de Londres, marzo 26 de 1932. Cf. también el artículo que publicó en *The Illustrated London News*, octubre 1o. de 1932. Dicho artículo viene acompañado de excelentes ilustraciones. Para la civilización de Mohenjo-daro (valle del Indo) véase la nota que publicamos en esta misma revista, enero de 1932, pp. 284 et seq.

por otra parte, que el sello dista mucho de haber caído en desuso, aún entre las menos tradicionalistas de las naciones modernas. Los sellos mesopotámicos, por lo general cilíndricos, tienen la particularidad de que al aplicarse con un movimiento rotatorio sobre la arcilla humeda u otra sustancia que ha de recibir la impresión, producen una larga tira en la cual el motivo se repite hasta el infinito.

Fig. 1.—Sello hallado enel Tell-el-Asmar.

El sello a que ahora nos referimos (Fig. 1), es de esta clase, a pesar de que como hemos dicho fue evidentemente traído desde el valle del Indo, donde solía utilizarse un tipo de sello común y corriente. Fue hallado junto con otros objetos también de procedencia índica, entre las ruinas de una casa correspondiente a la dinastía

Fig. 2.—Sello hallado en Mohenjo-daro.

de Akkad, que duró aproximadamente hasta el año de 2.500 a. J. C. Ni el elefante ni el rinoceronte que figuran sobre el sello son animales mesopotámicos: por otra parte, no hay más que comparar este ejemplar con otros hallados en el transcurso de las excavaciones practicadas en Mohenjo-daro (Fig. 2), para darse cuenta de la comunidad de origen que existe entre ambos. La ejecución es idéntica. Recordaremos que este último sello apareció entre las notas que publicamos el año pasado (1).

Fig. 3.—Sello hallado en Ur de los Caldeos.

Otro descubrimiento análogo (Fig. 3), se llevó a cabo también en fecha aún reciente en el curso de las excavaciones que viene practicando en Ur de los Caldeos la expedición costeada por el Museo Británico y por el Museo de la Universidad de Pennsylvania, expedición que se halla dirigida por

Fig. 4.—Sello hallado en Mohenjo-daro.

el ya famoso descubridor de las Tumbas Reales de Ur, doctor Leonard Woolley (2). Trátase también de un sello, si bien en este caso la semejanza con los de Mohenjo-daro quizá no resulta, a primera vista, tan evidente como en el caso anterior. Hay, sin embargo, que compararlo con otro sello índico que también reproducimos el año pasado (Fig. 4), fijándose, de

1 En *Universidad de México*, ut sup.

2 Cf. *The Illustrated London News*, febrero 13 de 1932; y también *The Antiquaries Journal*, octubre de 1932. Nuestros croquis difieren algo en tamaño de los originales.

paso, en los caracteres que aparecen sobre la parte superior. Desgraciadamente la escritura del valle del Indo no ha podido ser interpretada: por otro lado tampoco ha sido posible establecer con exactitud la fecha a la cual se remonta el hallazgo, que por lo tanto carece de valor cronológico.

Como hemos advertido, en ambos casos se trata, indiscutiblemente, de objetos importados a Mesopotamia desde el valle del Indo, a pesar de los 2,000 kilómetros que separan a dichas regiones. Por lo demás, estas antiguas relaciones comerciales se hallan comprobadas por un gran número de objetos de todas clases, a los cuales no podríamos referirnos por el momento (1); y en el valle del Indo también existen pruebas de que el tráfico fué recíproco.

Entre estas últimas debe mencionarse, por su interés cronológico, un fragmento de un vaso de esteatita hallado en uno de los niveles más bajos de Mohenjo-daro, niveles que naturalmente corresponden a los primeros tiempos de ocupación de dicha ciudad. Este fragmento, tanto por el material cuanto por la curiosa ornamentación que ostenta, hubo forzosamente de ser importado a las riberas del Indo desde Elam, ya que en las excavaciones practicadas en Susa, ciudad ubicada en esta última región, se ha hallado una vasija también de esteatita indénticamente decorada.

Ahora bien, si de acuerdo con las conclusiones del arqueólogo francés señor Mecquénem aceptamos la fecha 2,800-2,700 a. J. C., para el nivel arqueológico en que se encontró la vasija de Susa, a esa fecha deben corresponder los niveles más bajos de Mohenjo-daro, entre los cuales se encontró el fragmento tan parecido. Como por otra parte, el sello y los otros objetos índicos hallados en Tell-el-Asmar son semejantes a los encontrados en los niveles superiores, o sea más recientes, de Mohenjo-daro, y los hallazgos se hicieron en un nivel correspondiente a la fecha 2,600-2,500 a. J. C., tenemos ya un conjunto de datos que nos permiten establecer el lapso de tiempo que debió transcurrir entre los niveles superiores e inferiores de Mohenjo-daro: en otras palabras podemos determinar el tiempo total de ocupación de dicha ciudad: otro caso más de esa trigonometría cronológica que resulta tan útil en trabajos de esta índole (1).

Como advierte el doctor Frankfort, aunque todos estos objetos acusan un intercambio comercial importante entre las dos civilizaciones, igualmente comprueban que cada una de ellas estaba ya muy especializada en el tercer milenio a. J. C., a pesar de que tanto la una como la otra se remontaron, probablemente, a un fondo común del cual hubo también de compartir la egipcia.

LA CIVILIZACION DEL INDO Y LA ISLA DE LA PASCUA

Más sensacional todavía resulta la semejanza extraordinaria que se ha hallado entre algunos de los caracteres que figuran en los sellos que nos ha legado la antigua civilización del valle del Indo, y otros que forman parte de diversas inscripciones encontradas ya años atrás, sobre diversos objetos, tablas especialmente, en un islote solitario del Pacífico meridional, la isla de la Pascua (2). En ambos casos se trata de signos aislados que forman parte de todo un sistema de escritura,

1 Cf. el artículo del señor Mackay en *Antiquity*, diciembre de 1931.

1 Cf. la nota del expresado señor Mackay, de *Antiquity*, septiembre de 1932, pp. 356 et seq. Parece, sin embargo, un tanto difícil aceptar que el período de ocupación de Mohenjo-daro no haya sido mayor de unos dos o tres siglos. Según Sir John Marshall la civilización del valle del Indo floreció entre 3350 y 2750 a J. C. Quizá haya un error en la cronología de Susa, siempre muy discutida. Sin embargo, es innegable que aún así el valor de la información cronológica que nos proporcionan los otros elementos es muy grande.

2 Las obras fundamentales sobre la isla de la Pascua son las de Mrs. Routledge. "*The Mystery of Easter Island*" y la del doctor Macmillan Brown, "*The Riddle of the Pacific*", Londres, 1925.

hasta ahora indescifrado. El parecido, que fué notado por primera vez hace unos cuantos meses por un húngaro que reside en París, señor Hevesy (1), ha sido materia de una interesante comunicación presentada a la Academia de las Inscripciones y de las Bellas Letras de dicha ciudad el 16 de septiembre próximo pasado.

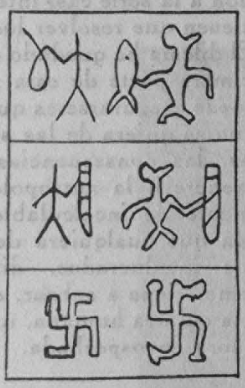


Fig. 1.—Signos del valle del Indo y de la isla de la Pascua.

La semejanza salta a la vista inmediatamente: entre los caracteres que reproducimos, la figura a la izquierda está tomada de los sellos índicos, la de la derecha procede de las inscripciones de la Isla de la Pascua. Debe advertirse que en otros casos el parecido es entre estos últimos y algunos signos pre-elamitas de la región de Susa, sobre la vía terrestre entre Mesopotamia y el valle del Indo. Como en total se ha encontrado dicha semejanza en no menos de 130 caracteres, la hipótesis de que se deba a una mera coincidencia fortuita no puede aceptarse muy a la ligera.

Por otra parte, la única otra explicación que se nos ofrece, o sea alguna relación cultural entre los antiguos habitantes del valle del Indo y los de la isla de la Pascua, tropieza con dificultades todavía mayores. Efectivamente, con relación al valle del Indo la isla de la Pascua yace casi en las antípodas: la distancia, en línea recta, es cerca de unos 20,000 kilómetros y en ninguna de las numerosas tierras intermedias se han hallado caracteres de esta naturaleza.

Más todavía: el abismo aparentemente infranqueable que se nos presenta en el órden del espacio surge también por lo que toca al del tiempo. La civilización del Indo floreció hace unos cinco mil años; nada nos hace creer que los signos de la isla de la Pascua puedan remotarse arriba de una fracción relativamente corta de ese lapso de tiempo. Rara vez ha tenido la arqueología que enfrentarse con misterio semejante.

Pero ello no debe extrañarnos: a pesar de su superficie tan exigua (la isla de la Pascua apenas mide unos veinticinco kilómetros de largo), a pesar de su extraordinario aislamiento (yace a 3,500 kilómetros de las costas de Suramérica y, exceptuando un pequeño islote próximo, a unos 2,500 de la isla Pitcairn, su compañera más cercana), constituye este espolón volcánico un semillero de problemas de todas clases. Aunque posiblemente descubierto para los pueblos de Occidente por Davis desde 1686, y después visitado por marinos como Cook y la Pérouse, no mereció la atención de los hombres de estudio hasta tiempos relativamente recientes. Pero desde hace algunos años atrás ha venido ocupando un sitio preeminente en los escritos de la escuela difusionista, como estación de tránsito para los audaces navegantes polinesios que, según los antropólogos que profesan esas ideas, hubieron de establecerse más tarde en nuestra propia América (1). Y aparte de lo anterior existe en la isla toda una serie de monumentos del más alto interés, monumentos que incluyen un número crecidísimo de monolitos, de imponentes proporciones y representando seres humanos: para formarse una idea acerca del tamaño de dichas estatuas basta advertir que

1 Cf. la carta dirigida al *Times* por Sir Denison Ross. *Weekly Edition*, septiembre 29 de 1932.

1 Cf. una breve nota sobre este particular en *Universidad de México*, tomo III (enero de 1932) p. 286.

algunas de ellas tienen unos diez metros de altura. También se han encontrado restos de grandes edificios y extensas terrazas.

En la primera mitad del siglo XVIII, la isla estaba habitada según parece por unos dos mil polinesios, pero hará unos setenta años una expedición procedente del Perú se llevó a la mayor parte a trabajar los depósitos de guano en las costas americanas. Aunque conservaban una tradición neta acerca de su origen polinesio, los habitantes no han podido arrojar toda la luz que sería de desearse sobre los monumentos ni sobre las inscripciones. Se cree que hay que relacionar las estatuas con un culto rendido en otros tiempos al pájaro-fragata, y que se elevaban en honor de aquellos que lograban, en una especie de concurso, recoger el mayor número posible de huevos de dicho pájaro de los nidos que se fabricaban en los puntos más inaccesibles de la isla.

Muchas de las inscripciones se hallan, como se ha dicho, sobre tablas, y algunas de estas miden hasta de dos metros de largo: según un informe rendido por un oficial de marina americano hará cuarenta años "las tradiciones solamente manifiestan que Hotu Matu, el primer rey, poseía el conocimiento del idioma escrito, y trajo consigo a la isla sesenta y siete tablas inscritas conteniendo alegorías, tradiciones, genealogías y proverbios referentes a la tierra de la cual había emigrado. Sólo podían entender los caracteres escritos la familia real, los jefes, y algunos sacerdotes e instructores. Pero se reunía a todo el pueblo una vez al año en la bahía de Anekena para que se le leyesen todas las tablas". Posteriormente se logró que uno de los viejos ofreciera una especie de paráfrasis de algunas de las tablas, pero sin que se pudiese determinar el valor de los signos.

Dadas las relaciones que como se ha comprobado existieron en tiempos remotos, o sea en el tercer milenio ante Cristo, entre el valle del Indo y Sumeria, resultan de extraordinario interés con relación a este descubrimiento las sugestiones hechas ya hace algunos años (1), que el idioma sumerio tenía algún parentesco con algunas lenguas de Oceanía.

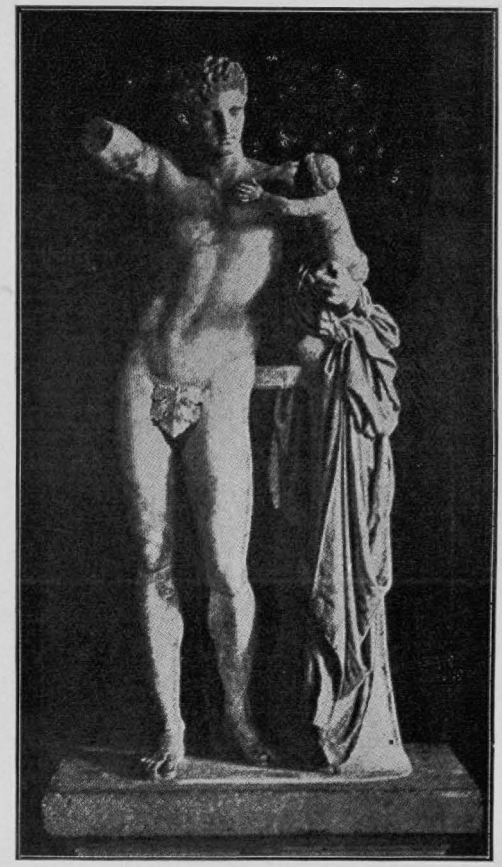
Sea como fuere, hay que confesar que el descubrimiento del señor Hevesy no ha hecho, por el momento, más que añadir otra nueva marca de interrogación a la serie casi interminable que ya tienen que resolver los arqueólogos. El dilema ha quedado explicado en la primera parte de esta nota. Lo que sí puede asegurarse es qué, óptese por la que se quiera de las soluciones indicadas, las consecuencias, por lo que se refiere a la antropología, son forzosamente de incalculable significativo, ya que cualquiera de los dos principios involucrados, difusión o paralelismo, viene a cobrar, en la historia de la cultura humana, una fuerza hasta ahora insospechada.

PRAXITELES Y EL HERMES DE OLYMPIA

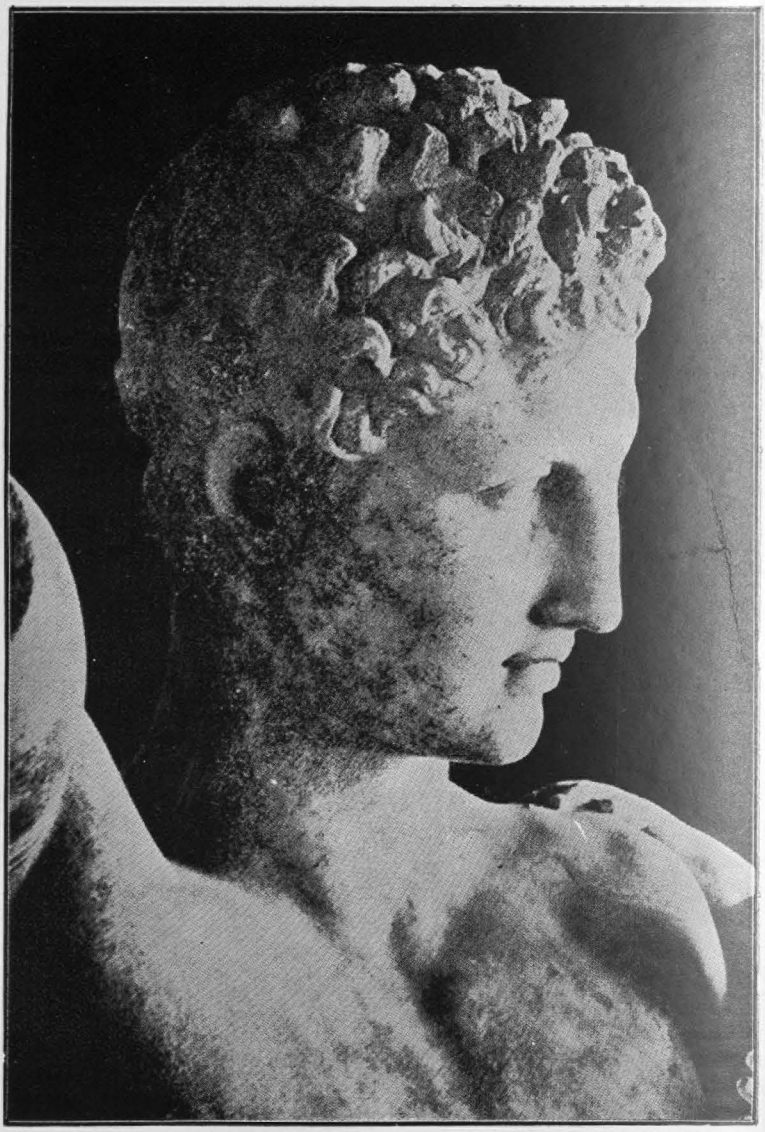
Una polémica entablada recientemente entre algunos de los expertos más distinguidos a propósito del Hermes de Olympia ha venido a sembrar la confusión y la duda donde todo antes parecía certeza absoluta (1). Como nadie ignora, contábase hasta hace poco esa maravillosa escultura entre las pocas obras del arte antiguo que han llegado hasta nuestros días que se pueden atribuir, con seguridad, a alguno de los grandes maestros de antaño. Desde su descubrimiento por los arqueólogos alemanes al excavarse el Heraion de Olympia en 1877, los turistas que afluyen al pequeño museo construído al pie del Drouva, a corta distancia de las ruinas, se venían retirando con la satisfacción íntima que les proporcionaba la consideración de que habían contemplado un original del gran Praxiteles. Pero

1 Cf. Rivet: *Sumérien et Océanien*. Société Linguistique. París 1929.

2 Cf. *The American Journal of Archaeology*, julio-septiembre de 1931, pp. 247 et seq., y también ibidem, enero-marzo de 1932, p. 41.



El Hermes de Olympia



Cabeza del Hermes

lo que admiramos hoy día ¿es realmente la obra de Praxiteles, como se ha venido creyendo, o únicamente una copia hecha en tiempos de la dominación de Roma?

Lo que podríamos llamar la "auténtica" de la obra, que tanta influencia tuvo en la antigüedad, nos la proporciona un párrafo del viajero Pausanias que, como es sabido, llevó a cabo un recorrido de Grecia en tiempo de los Antoninos, o sea varias cientos de años después del apogeo de la civilización helénica, pero antes de que la rapacidad romana, precursora de los desmanes de los bárbaros y del descuido de los tiempos posteriores, hubiera aún privado a la Hélade en forma tan notable como lo había de hacer después, de tantos de sus tesoros artísticos. "Más adelante—dice Pausanias (1)— se dedicaron otras ofrendas en el Heraion, entre ellas un Hermes de mármol, cargando a Dionysos niño, obra de Praxiteles". Y ahí, precisamente, donde Pausanias lo había visto unos diez y siete siglos antes, a corta distancia de la antigua entrada del templo, fue hallada la estatua. Al caerse del pedestal, que también se encontró, sufrió sin duda desperfectos de importancia, y ciertos pedazos faltantes no pudieron ser hallados.

El Hermes es tan conocido (Figs. 1 y 2) que resulta innecesaria toda descripción. Ninguno de los historiadores recientes del arte griego ha pasado por alto esta pieza que para muchos, —casi tanto como el propio "doryphoros" de Polykleitos o el "diadumenos" del mismo escultor,—encarna el ideal helénico de belleza varonil. La cabeza, ciertamente, no es la de un intelectual, ni el cuerpo el de un atleta. Es verdad que vista de perfil la parte posterior de la bóveda craneana tan enhiesta, la mirada tan llena de concentración casi pasarían por las de un pensador, si la frente, francamente estrecha, no corrigiese esa impresión. Lo mismo podríamos decir del cuerpo, que es el de un joven en toda la plenitud de sus facultades físicas pero que en nada, en cambio, nos recuerda a los vencedores del pentathlon. Todo, por lo tanto, se halla en equilibrio: Praxiteles nos ha presentado al dios como realización perfecta de ese término medio (que no debe confundirse con mediocridad) de que tanto nos han hablado los filósofos griegos. Por otra parte, si advertimos ya una ligera tendencia hacia un afeminamiento que los sucesores de Praxiteles habían de llevar hasta la exageración, no debemos pensar de la obra del maestro en términos de las de sus discípulos. En ese sentido, es verdad, Praxiteles significa un verdadero descenso con relación a sus antecesores, los grandes escultores del siglo V, pero la decadencia no se ha hecho aún muy notable.

Fué una idea feliz de los editores del "American Journal of Archaeology" plantear, en forma de "symposium", los diversos problemas que ha suscitado últimamente el Hermes, haciendo que participaran en el debate seis de los expertos mejor capacitados para intervenir en una discusión de esta índole. En contra de la teoría casi unánimemente aceptada hasta hace poco, o sea que en el Hermes de Olympia tenemos una obra original de Praxiteles, militan los señores Carpenter, Casson, y Blumel, todos ellos muy conocidos y el penúltimo ex-director de la Escuela Británica de Atenas: la defensa ha quedado en manos del profesor Valentín Müller, de la Universidad de Berlín y del Colegio Bryn Mawr, del señor Dinsmoor, y de la señorita Gisela Richter, del Museo Metropolitano de Nueva York y autora de una historia, muy justamente reputada, de la escultura griega. Como veremos, los expertos distan mucho de haberse puesto de acuerdo.

Fué precisamente uno de estos expertos, Blumel, que en 1927 rompió por primera vez el fuego contra la tésis ortodoxa aduciendo una serie de argumentos, tales como la ejecución del pelo y de la espalda, el uso del sostén transversal y el hecho que el

1 V. 17. 3.

artista se hubiese evidentemente servido de útiles y de procedimientos desconocidos en tiempos de Praxiteles, para alegar que la obra no podía datar desde la época en que floreció este último, o sea el siglo IV a. J. C., y para sostener, en cambio, que lo que tenemos ante nosotros no es más que una copia hecha bajo los romanos. En el debate a que ahora nos referimos, Blumel amplía todavía más sus explicaciones, pero en esta ocasión contando con el concurso de Carpenter y de Casson, que a las observaciones de Blumel agregan diversas objeciones que se le habían escapado.

El doctor Carpenter se ha fijado, sobre todo, en la ejecución del paño —la clámide de Hermes—que cuelga sobre el tronco del arbol. Alega que en ese detalle la escultura no es griega, pero fundamental e indiscutiblemente romana, sosteniendo por lo tanto que la estatua de Olympia no es más que una copia, evidentemente no muy exacta, de un original anterior de bronce a la cual el copista, adaptándose a las exigencias del material empleado en esta otra ocasión, hubo de añadir no sólo el tronco sino también el travesaño que lo une a la figura y que tanto ha figurado en la discusión. Basado en algún precedente Carpenter también sugiere que el original fue posiblemente removido por Nerón, el cual como es sabido hizo una visita memorable al santuario y quien quizá deseoso de reparar su acto de latrocinio mandó hacer la copia para entregarla en compensación a las autoridades del templo, donando también la estatua de su mujer, Popea, que los arquéólogos hallaron muy cerca del Hermes.

El señor Casson se muestra tan escéptico como sus compañeros, pero al final de su artículo, y más cauto que ellos, no llega a comprometerse en definitiva: no sabe si mostrar su decepción ante lo que él juzga las deficiencias de la obra, en caso de que se trate de un original, o bien expresar su admiración ante las múltiples excelencias de la copia, en caso de que efectivamente se trate de una copia. A él, también, lo preocupa el travesaño, indigno según sostienen los de su bando de un escultor de la talla de Praxiteles y además, según se asevera, innecesario.

Hasta ahora no nos hemos referido a los argumentos que presentan los "fundamentalistas", o sean los defensores de la tesis que se ha venido considerando ortodoxa. Sería imposible, en una breve nota como esta, entrar en pormenores, pero hay que confesar que la victoria, de concretarnos sólo a los artículos publicados por el "American Journal of Archaeology", parece más bien inclinarse hacia los escépticos. La señorita Richter, es verdad, revela sus extraordinarios conocimientos de la materia, pero hay que reconocer que no logra rebatir totalmente a Casson que, como hemos indicado, resulta un adversario un tanto esquivo: Müller se muestra un tanto más afortunado sosteniendo, en contra de Carpenter, que los paños del Hermes se acercan más a los de otros originales del siglo IV que a los de la época romana. Pero, repetimos, no quedamos convencidos de que la defensa halla sido presentada con toda la eficacia con que se podría haberlo hecho, y aunque "fundamentalistas" gracias quizá a ese subjetivismo que tanto indigna a Casson, nos vemos precisados, un tanto paradójicamente, a reconocer que, de atenernos únicamente a estas seis exposiciones, el triunfo más bien quedaría del otro lado. (1).

1 Faltos de espacio para ocuparnos de las últimas excavaciones en Grecia, nos limitamos a señalar los excelentes resúmenes que han aparecido en *The Journal of Hellenic Studies*, vol. LII, parte II, en *The American Journal of Archaeology*, y para el "agora" de Atenas, en *Art and Archaeology*.